

OTRO SACERDOTE ASESINADO



Ayer, a las ocho y cinco de la mañana, precisamente cuando escribíamos un comentario sobre la muerte del amor y doctor Armando de Paz, un grupo de asesinos se encargaba de dar alevosa y cobarde muerte a un sacerdote indefenso, sin ~~ninguna~~ protección alguna. Había sido amenazado recientemente y habían colocado sobre su carro la ominosa señal de la mano blanca, que viene a ser como el sello de la bestia apocalíptica, como la señal misma del anti-Cristo.

Son con éste cinco los sacerdotes asesinados en la arquidiócesis. Dos de ellos caídos a ~~varios~~ tiros de los cuerpos de seguridad y tres, incluido el Padre Palacios, por manos nominalmente desconocidas pero cuya afiliación, propósitos y conexiones son bastante claras. El primero de ellos fue el Padre Rutilio Grande. Fue una mala elección por parte de quienes calculan tan irracionalmente, tan inhumanamente la defensa de sus intereses. El carácter tan limpiamente sacerdotal de toda la vida del Padre Grande puso de manifiesto a todos los que voluntariamente no quieren ennegrecerse que su único delito y su condena de muerte consistieron en ponerse críticamente, pacíficamente al lado de los pobres y de los oprimidos. Y es por esto por lo que siguen matando sacerdotes y es por esto por lo que siguen persiguiendo a la Iglesia. Los asesinos van buscando a quienes de un modo o de otro se han señalado por ponerse al lado de los más necesitados.

Los cinco sacerdotes muertos son de la arquidiócesis de San Salvador. Han caído maestros y campesinos en San Miguel, pero en San Miguel no han caído sacerdotes; han caído campesinos y maestros en San Vicente, pero en San Vicente no han caído sacerdotes, aunque sí han sido apresados y salvajemente torturados algunos sacerdotes de San Miguel y de San Vicente. Han sido asesinados sindicalistas, maestros en la zona occidental del país, pero no ha sido asesinado ningún sacerdote de la diócesis de Santa Ana. ¿Por qué es esto así? Es así en gran parte porque lo que se quiere perseguir es a una Iglesia que no está con el Gobierno, a una Iglesia que sin



predicar la violencia denuncia la injusticia y proclama el derecho de los débiles a ser tratados como personas humanas. Ni los opresores de San Miguel, ni los opresores de San Vicente, ni los opresores de Santa Ana, ni los opresores de todo el país se sienten sacudidos por los Obispos de San Vicente, Santa Ana o San Miguel. Con ello tienen la ventaja de no exponer a sus sacerdotes, de proteger sus vidas, pero tienen la tremenda desventaja de romper la unidad de la Iglesia y de acallar la voz profética del Evangelio.

Y, sin embargo, la Iglesia es una y el cuerpo de Cristo no puede estar desgarrado. Son muchos los que piensan que si todos los Obispos de El Salvador y el Nuncio se uniesen en una protesta firme e inequívoca por la muerte de los sacerdotes, acabaría de una vez por todas la matanza de sacerdotes. Aunque no estuvieren de acuerdo con la línea pastoral de los sacerdotes muertos, mucho menos pueden estar de acuerdo con el asesinato de los sacerdotes. Y es hora de que inequívocamente se pongan todos juntos contra la matanza de tanto sacerdote. Sobre ellos caerá en gran parte la responsabilidad -por grave falta de omisión- de cualquier muerte de sacerdotes que siga, si es que ellos no hacen pública protesta de esta campaña. Los asesinos se ven con las manos más libres por ese continuado silencio de cuatro obispos y un nuncio, más dispuestos a arreglar los asuntos de Cristo y de los cristianos en los despachos del Gobierno y del poder que en las plazas y en los campos de los oprimidos. Jesús no cabildeó con los poderes de su tiempo. Cuando trató con Herodes y Pilato, con Anás y Caifás, fue ya como preso y como víctima de su predicación.

Pero no es sólo cuestión de Obispos. Es cuestión de todo el pueblo. En días pasados clamábamos "¡ay de los pueblos que matan a sus maestros". Hoy tenemos que añadir: ¡ay de los pueblos que matan a sus profetas y a sus sacerdotes! En esta misma mañana un gran número de sacerdotes de todo el país, presididos por Mons.



Romero, llevan sobre sus almas desoladas el cadáver asesinado de un joven sacerdote. Mírenlos bien. No son unos pocos jóvenes exaltados, no llevan sobre sus rostros ni odio ni sed de venganza, no son un grupo de subversivos y comunistas. Es una gran procesión cristiana de sacerdotes, salvadoreños y extranjeros, jóvenes y viejos, seculares y regulares. Lo que les mueve es la fe y el amor. Con su sacerdocio han renunciado a ser ricos y poderosos, con su sacerdocio han decidido ponerse al servicio de aquellos en que Jesús mismo dijo estar oculto y escondido.

Cuando durante estos próximos nueve días, a partir de hoy a las ocho de la noche, el pueblo salvadoreño escuche acongojado el doblar de las campanas, este sufrido y valeroso pueblo debe saber que las campanas doblan tristes y esperanzas por la vida que se nos está escapando de nuestro cuerpo maltrecho. Lloran por los maestros caídos, lloran por los sacerdotes caídos, lloran también por todas las víctimas injusta y violentamente abatidas. Es el alma del pueblo salvadoreño que llora pública y mansamente por sus muertos. Aquellos que murieron como Cristo para que los hombres tengan más vida, para que reine el amor sobre el odio, la paz sobre la injusticia.

21-Junio-1979